

**CIPRIANO, *La unidad de la Iglesia. Introducción y notas de Carmelo Failla. Traducción del Latín de Joaquín Pascual Torró (Biblioteca de Patrística 12), Madrid: Editorial Ciudad Nueva, 1991.***

1. Cuando el Señor nos exhorta, diciendo: *Vosotros sois la sal de la tierra* (Mt 5,13), y cuando nos manda, para conservar la inocencia, que seamos sencillos y prudentes a la vez (cf. Mt 10,16), ¿qué otra cosa nos indica, queridísimos hermanos, mas que seamos precavidos y que, vigilantes con un corazón solícito, descubramos las asechanzas del enemigo, poniéndonos en guardia prontamente? De este modo quienes nos hemos revestido de Cristo (cf. Ga 3,27), sabiduría del Padre (cf. 1Co 1,24), no parecerá que somos poco sabios en asegurar la salvación.

No hemos de temer, por tanto, sólo la persecución, que nos sobreviene atacando abiertamente, para abatir y eliminar a los siervos de Dios. Cuando el peligro es manifiesto, la precaución es más fácil, y también el ánimo se dispone para la lucha más prontamente, cuando el enemigo se presenta como tal.

Más hemos de temer al enemigo y llevar cuidado con él, cuando se acerca furtivamente, cuando, escondiéndose bajo apariencias de paz, se introduce serpeando por accesos secretos, de donde recibe el nombre de serpiente. Tal es siempre su astucia, tal su engaño, oculto y secreto, para acechar al hombre. Así engañó constantemente desde el principio del mundo; así, con palabras engañosas, sedujo a almas inexpertas, incautamente crédulas; y así, intentando tentar al mismo Señor, se acercó furtivamente, como si serpeará de nuevo y engañara, pero fue reconocido y rechazado. Y, precisamente por eso, por ser reconocido y descubierto, fue derrotado.

2. Con lo que se nos ha dado un ejemplo, para que rehuyamos el camino del hombre viejo (Adán) y sigamos las huellas de Cristo vencedor, a fin de que no caigamos de nuevo, como incautos, en los lazos de la muerte, sino que, precavidos ante el peligro, mantengamos la inmortalidad, que hemos recibido. Mas, ¿cómo podremos mantener la inmortalidad, si no guardamos aquellos mandamientos de Cristo con los que es sometida y vencida la muerte, según nos advierte Él mismo, cuando dice: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos* (Mt 19,17), y también: *Si hacéis lo que os mando, ya no os llamaré siervos, sino amigos* (Jn 15,14.15)?

A éstos llama, en definitiva, fuertes e inmutables, a los que han sido cimentados sobre roca de mole robusta, a los que han sido consolidados con incommovible e inquebrantable firmeza frente a todas las tempestades y torbellinos del mundo. *A quien escucha –dice– mis palabras y las pone en práctica, lo compararé a un hombre sensato, que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, y no se cayó, porque estaba cimentada sobre roca* (Mt 7,24-25).

Nosotros debemos, desde luego, seguir sus palabras: aprender todo lo que Él enseñó y hacer todo lo que Él hizo. De otro modo, ¿cómo podrá decir que cree en Cristo quien no cumple lo que Cristo mandó? O, ¿cómo conseguirá el premio de la fe quien no quiere guardar fidelidad a sus mandatos? Necesariamente vacilará e irá de un sitio para otro y, arrastrado por el espíritu del error, será aventado como polvo, que levanta el viento. No avanzará hacia la salvación quien no se mantiene en el verdadero camino, que conduce a ella.

3. Así pues, hay que guardarse no sólo de los peligros evidentes y manifiestos, sino también de los que engañan con sutileza y astucia. Y, ¿quién más astuto y sutil que el enemigo, descubierto y derrotado con la venida de Cristo? Éste, después que la luz había llegado a las gentes y el día de la salvación se había manifestado a los hombres para su liberación –de modo

que los sordos acercaban su oído a la gracia del Espíritu, los ciegos abrían sus ojos a Dios, los enfermos se restablecían con la salud eterna, los cojos corrían hacia la Iglesia, los mudos dirigían con voz clara a Dios sus plegarias— viendo abandonados sus ídolos y desiertas sus sedes y templos, debido al gran número de los creyentes, maquinó un nuevo engaño para embaucar a los incautos, escondiéndose bajo el título mismo del nombre cristiano.

En efecto, inventó la herejía y los cismas, para tergiversar la fe, corromper la verdad y romper la unidad. Así, a los que no puede mantener en la oscuridad de la antigua senda, los envuelve y los engaña de otro modo. Y mediante el error de una nueva senda arrebató los hombres de la misma Iglesia y, cuando ya parecía que se habían acercado a la luz y se habían liberado de las tinieblas del mundo, sin que ellos se den cuenta, les infunde de nuevo otras tinieblas; de modo que, sin mantenerse en el Evangelio de Cristo, ni en la observancia de su ley, se llaman cristianos y caminando en las tinieblas creen poseer la luz.

Y todo esto lo realiza aquel enemigo, seductor y embustero, que, según las palabras del apóstol, se transforma en ángel de la luz y disfraza a sus ministros como ministros de la justicia, que reivindicán la noche por el día, la muerte por la salud, la desesperación bajo el pretexto de la esperanza, la perfidia bajo la excusa de la fe, el anticristo bajo el nombre de Cristo. Y así, engañando con apariencias, tergiversan sutilmente la verdad.

Esto ocurre, amadísimos hermanos, por no volver al origen de la verdad, por no acudir a la cabeza, ni observar la doctrina del maestro celestial.

4. Si alguien quiere considerar y examinar estas cosas, no necesita de un prolongado estudio ni de muchas argumentaciones. Su demostración de acuerdo con la fe es fácil, por la simplicidad de la verdad.

Dice el Señor a Pedro: *Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no la vencerán. A ti te daré las llaves del reino de los cielos y lo que atares sobre la tierra, será atado en los cielos y lo que desatares sobre la tierra será desatado en los cielos* (Mt 16,18-19).

TP (= «Textus Primatus»)

Y después de su resurrección le dice también: *Apacienta mis ovejas* (Jn 21,17).

Sobre él edifica la Iglesia y a él manda que apaciente las ovejas.

Y, aunque a los demás apóstoles les conceda igual potestad, estableció, sin embargo, una sola cátedra y dispuso con su autoridad el origen y la razón de la unidad.

TR (= «Textus Receptus»)

Sobre uno solo edifica la Iglesia.

Y aunque después de su resurrección conceda a todos los apóstoles la misma potestad y diga: *Como me envió el Padre, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo: si a alguien le perdonaseis los pecados, le quedarán perdonados; si a alguien se los retuvieseis, le quedarán retenidos* (Jn 20,21-23), sin embargo, a fin de manifestar la unidad, dispuso con su autoridad que el origen de esta unidad naciera de uno solo.

Cierto que lo que fue Pedro lo eran también los demás, pero el primado se da a Pedro y se pone de manifiesto una sola Iglesia y una sola cátedra.

Todos son también pastores, pero se nos muestra un solo rebaño, que ha de ser apacentado de común acuerdo por todos los apóstoles.

Quien no mantiene esta unidad de Pedro, ¿cree que mantiene la fe? Quien se separa de la cátedra de Pedro, ¿confía en que está en la Iglesia?

Lo que fue Pedro lo eran ciertamente también los demás apóstoles, dotados de igual participación de honor y potestad, pero el origen proviene de la unidad, a fin de que la Iglesia de Cristo se muestre una sola.

Y es esta Iglesia una la que en el Cantar de los Cantares el Espíritu Santo descubre en la persona del Señor, cuando dice: *Una sola es mi paloma, mi perfecta, la única que tiene su madre, la elegida de la que la engendró* (Ct 6,9).

Quien no mantiene esta unidad de la Iglesia, ¿cree que mantiene la fe? Quien se opone y resiste a la Iglesia, ¿confía estar en la Iglesia, cuando el bienaventurado apóstol san Pablo nos enseña esto mismo y nos muestra el misterio de la unidad, diciendo: *Un solo cuerpo y un solo Espíritu, una sola es la esperanza de vuestra vocación, un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios?* (Ef 4,4-6).

Esta unidad debemos mantenerla firmemente y defenderla sobre todo los obispos, que somos los que presidimos en la Iglesia, a fin de probar que el episcopado mismo es también uno e indiviso. Que nadie traicione la fraternidad con la mentira. Que nadie corrompa la verdad de la fe con la vil prevaricación.

5. El episcopado es uno solo, del cual cada uno participa solidariamente con los demás (*Episcopatus unus est cuius a singulis in solidum parts tenetur*). Y la Iglesia es una sola, aunque se extiende ampliamente, formando una multitud, debido a su creciente fecundidad. Igual que son muchos los rayos del sol, pero una sola es la luz, y son muchas las ramas del árbol, pero uno solo es el tronco, firmemente arraigado en el suelo; y, cuando de un solo manantial fluyen muchos riachuelos, aunque, por la abundante cantidad de agua que emana, parezca una multiplicidad la que se difunde, permanece, sin embargo, la unidad en el origen. Separa del sol uno de sus rayos y la unidad de la luz no se romperá con esta división. Arranca del árbol una rama y ésta no podrá ya germinar. Corta del manantial un riachuelo y éste se secará.

Así también la Iglesia, inundada de la luz del Señor, esparce sus rayos por todo el mundo y, sin embargo, es una sola la luz que se difunde por doquier, y no se divide la unidad del cuerpo; extiende sus ramas con gran generosidad por toda la tierra; envía sus ríos que fluyen con largueza por todas partes. Y, sin embargo, una sola es la cabeza, uno solo el origen, y una sola la madre, rica por los frutos de su fecundidad. De su seno nacemos, con su leche nos alimentamos, y por su espíritu somos vivificados.

6. La esposa de Cristo no puede ser adúltera, inmaculada y pura como es. Ella sólo ha conocido una casa y ha guardado con casto pudor la santidad de su único tálamo. Ella nos guarda para Dios, nos encamina al reino de los hijos, que ha engendrado.

Quien, separándose de la Iglesia, se une a una adúltera, se separa de las promesas de la Iglesia, y no alcanzará los premios de Cristo quien abandona su Iglesia. Este se convierte en un extraño, un sacrílego y un enemigo. No puede ya tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre.

Si pudo salvarse alguien fuera del arca de Noé, también se salvará quien estuviera fuera de la Iglesia. Nos lo advierte el Señor, diciendo: *Quien no está conmigo, está contra mí, y quien conmigo no recoge, desparrama* (Mt 12,30). Quien destruye la paz de Cristo y la concordia, actúa contra Cristo. Y quien recoge en otra parte, fuera de la Iglesia, desparrama la Iglesia de Cristo.

Dice el Señor: *Yo y el Padre somos uno* (Jn 10,30). Y está escrito, además, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: *Los tres son uno* (1Jn 5,8). Y, ¿cree alguien que esta unidad, que proviene de la firmeza de Dios y que está vinculada a los misterios celestes, puede romperse en la Iglesia y escindirse por conflicto de voluntades opuestas? Quien no mantiene esta unidad, tampoco mantiene la ley de Dios, ni la fe en el Padre y el Hijo, ni la vida y la salvación.

7. Este misterio de unidad, este vínculo de concordia, que ciñe indisolublemente, se nos muestra en el Evangelio, cuando la túnica de Jesucristo, el Señor, no se divide absolutamente ni se desgarran, sino que más bien, echando suertes sobre ella, la recibe íntegra y la posee incorrupta e indivisa quien se haya revestido de Cristo.

La divina Escritura dice lo siguiente: *En cuanto a la túnica, sin embargo, ya que era inconsútil desde la parte superior y tejida toda de una pieza, se dijeron entre sí: No la rompamos, sino echemos a suertes a ver a quien le toca* (Jn 19,23.24).

Él traía la unidad, que proviene de la parte superior, es decir, del cielo, del Padre; unidad que no puede ser destruida en absoluto por quien la recibe en posesión, ya que la obtuvo toda de una vez, como algo sólido e indisolublemente estable.

No puede poseer, por tanto, la vestidura de Cristo quien rompe y divide la Iglesia de Cristo.

Por otra parte, cuando a la muerte de Salomón se dividen su reino y su pueblo, el profeta Ajías, saliendo al encuentro del rey Jeroboam en el campo, rasgó su manto en doce jirones y dijo: *Toma para ti diez jirones, porque así dice el Señor: «Voy a separar el reino de la mano de Salomón y te daré a ti diez cetros; los otros dos serán para él en consideración a mi siervo David y a la ciudad de Jerusalén, que elegí para poner allí mi nombre»* (1Re 11,31.32.36). Como iban a escindirse las doce tribus de Israel, por ello desgarró el profeta Ajías su manto, pero como el pueblo de Cristo no puede ser dividido, su túnica, tejida toda de una pieza e inconsútil, no es dividida por los que la poseen. Indivisa, unidad, conexas, muestra la sólida concordia de nuestro pueblo, es decir, de los que nos hemos revestido de Cristo.

Con esta imagen y este símbolo de su vestidura nos reveló Él la unidad de la Iglesia.

8. ¿Quién será, por tanto, tan impío y malvado, quién estará tan fuera de sí por la locura de la discordia que crea que pueda romperse o se atreva incluso a romper la unidad de Dios, la túnica del Señor, la Iglesia de Cristo?

Cristo mismo nos avisa y nos lo enseña en su Evangelio, cuando dice: *Y serán un solo rebaño y un solo pastor* (Jn 10,16). Y, ¿puede todavía alguien pensar que en un solo lugar pueda haber muchos pastores o muchos rebaños?

Del mismo modo el apóstol san Pablo, refiriéndose a esta unidad, la recomienda encarecidamente y nos exhorta a ella, cuando dice: *Os suplico, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa y que no existan cismas entre vosotros, al contrario, permaneced unidos en un mismo sentir y un mismo pensar* (1Co 1,10). Y en otro lugar dice también: *Soportándoos mutuamente con amor, esforzándoos en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz* (Ef 4,2.3).

¿Crees tú que puede mantenerse en pie y seguir viviendo quien se aleja de la Iglesia y se construye otras moradas y otros habitáculos distintos, teniendo en cuenta lo que se le dijo a aquella (Rahab), en quien estaba prefigurada la Iglesia? Esto es: *Reunirás a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la casa de tu padre junto a ti, en tu misma casa; y sucederá que quien saliere fuera de la puerta de tu casa, se constituirá culpable por su cuenta* (Jos 2,18.19).

Igualmente también la celebración de la Pascua no contiene otra cosa en la ley del Éxodo más que ésta: que el cordero, que es sacrificado como figura de Cristo, se coma en una sola casa. Lo dice Dios con estas palabras: *Será comido en una sola casa y no arrojaréis carne fuera de la casa* (Ex 12,46). La carne de Cristo y las cosas santas del Señor no pueden ser arrojadas fuera, y no existe otra casa para los creyentes más que la única Iglesia.

Esta casa, esta morada de los que tienen una sola alma, es la que señala y anuncia el Espíritu Santo en los Salmos, cuando dice: *Dios, que hace habitar a quienes tienen una sola alma en una misma casa* (Sl 67,7). En la casa de Dios, en la Iglesia de Cristo, es donde habitan los que tienen una sola alma, y allí perseveran en concordia y sencillez.